

Esquema

1. Introducción
2. “Pasaron muchos años” (Ex 2, 23)
3. Nuestro *éxodo eclesial* inexcusable: de la queja, al grito pasando por el clamor
 - 3.1. Procesos deliberativos y *okupación* los espacios eclesiales
 - 3.2. Teologizar los procesos deliberativos
 - 3.3. Rezar con tenacidad y creatividad: cambios espirituales
4. “He mirado a mi pueblo”: precariedad eclesial y violencia padecida
5. La mañana de la Pascua: acabó el silencio
 - 5.1. Antropología teológica construida desde la inequidad: el *kyriarcado*
 - 5.2. Lenguaje e invisibilidad que genera ausencia de reconocimiento
6. Cambios eclesiales: del “parirás con dolor” al *8M*. Nuestro límite es el cielo

Mujeres y cambio eclesial. La revolución de la misericordia

1. Introducción

Una de las primeras cosas que hice al saber el título de la ponencia fue preguntarme si las mujeres habían influido, o no, en el cambio eclesial. Mi primera respuesta fue positiva ya que es indudable la presencia de tantas mujeres que han tejido la historia de la salvación y que proféticamente empujaron muchas transformaciones en la iglesia. A la mayoría de ellas se les calificó de santas, vírgenes y mártires o bien fueron mujeres anónimas que a lo largo de la historia atendieron, asistieron y testimoniaron la radicalidad del Evangelio. También, como señala la biblista Carmen Bernabé, se les etiquetó de modo peyorativo de «brujas», «místicas» o «feministas»¹. Sus vidas, a poco que prestemos atención al santoral, se han enredado con las nuestras y transitan por nuestros imaginarios creyentes.

Sin embargo, me temo que son muy escasos los nombres que se nos ocurrirían si les preguntara por mujeres que lograron cambios eclesiales definitivos. Dudo si podríamos elaborar una lista muy cuantiosa con las mujeres que ejercieron el liderazgo eclesial de un modo significativo. Especialmente, si al decir «cambio eclesial» nos referimos a las transformaciones que suceden en el ámbito jerárquico, dogmático, canónico o litúrgico ya que, en estos espacios, la influencia de las creyentes parece haber sido escasa. Estas *ausencias* contrastan en la actualidad con una sociedad en la que las mujeres están teniendo una presencia profesional, política y académica, cada vez más, numerosa y visible. El contraste que se da entre lo vivido cultural y eclesialmente genera una profunda paradoja entre las creyentes. Y si, bien es cierto que no ha comenzado ahora, es en estos últimos años cuando

¹ Carmen Bernabé Ubieta señala que estos tres términos aluden al fenómeno del control de la experiencia religiosa femenina y afirma que: “«Mística», «bruja» y «feminista» tienen en común su cualidad de «etiquetas» que han sido y son utilizadas como armas arrojadas dirigidas contra ciertas mujeres, cuyas ideas o comportamientos producían y siguen produciendo zozobra, cuestionando los esquemas tradicionales de comportamiento que la sociedad del tiempo pensaba que eran los adecuados a la naturaleza de una mujer. Los tres hacen referencia, de formas diferentes, a la relación con lo divino y en los tres está implicado el tema del poder y la autoridad”. Carmen Bernabé Ubieta, “Mujeres, mística y política. La experiencia de Dios que implica y complica”, en Silvia Bara Bancel (ed.), *De místicas, brujas y feministas cristianas: la experiencia de Dios que implica y complica*. Verbo Divino, Estella 2016, p. 260.

está alcanzando unas dimensiones tales que las respuestas, los cambios y las modificaciones que conlleva no pueden ser aplazadas por más tiempo².

2. “Pasaron muchos años” (Ex 2, 23)

Ciertas situaciones y acontecimientos culturales nos han hecho caer en la cuenta de que las cosas dentro de la iglesia, al menos en la católica, deberían ser de otro modo. Hace poco menos de un año, el cardenal Marc Ouellet, presidente de la Pontificia Comisión para América Latina, haciéndose eco del machismo clerical denunciado por el papa Francisco, reflexionaba sobre el papel de las mujeres y afirmaba que: “hemos enterrado el talento de las mujeres”³. Me parece que estamos inaugurando un tiempo nuevo dentro en la iglesia al que podemos sumar que, por primera vez, una parte de la jerarquía, aunque muy tímidamente, está señalando la situación en la que se encuentran las mujeres. Pero el cambio mayor, se está produciendo entre las propias creyentes que estamos comenzando a decir públicamente: ¡Así no!

Por una parte, tenemos una conciencia, cada vez más clara de que nuestra situación como creyentes es injusta y precarizada y de que es mucho lo que debe ser removido, reformado o desechado. Pero, por otra, los movimientos de concienciación que con más fuerza están zarandeando nuestras convicciones no se están produciendo en el interior de la iglesia, sino que se dan, mayoritariamente, en los ámbitos de la vida social, cultural o política. Me refiero a los distintos movimientos feministas. Ellos son los que se han encargado de dotar, teorizar y poner en práctica este «despertar globalizado». Aunque me temo que esta movilización no ha empapado todavía nuestros ámbitos creyentes. En la iglesia, la necesidad acuciante de alcanzar cambios profundos, institucionales, canónicos, dogmáticos o litúrgicos para que la vida de las creyentes sea más vivible dentro de la iglesia, es aún demasiado tenue y no ha logrado la categoría de «clamor» globalizado.

Si ponemos nuestra mirada en los textos bíblicos vemos que la acción de «clamar a Dios» es uno de los actos primeros, fundacionales y públicos que aparecen. Esta acción original mucho tiene que ver con la manera en cómo se configuró y modeló lo que conocemos como el pueblo de Israel. Parece que antes de llegar a ser una colectividad

² La teóloga Dolores Aleixandre, entre otras, ya alertaba de la situación vivida por las mujeres hace unos veintiocho años. Dolores Aleixandre, *Mujeres en la hora undécima*. Sal Terrae, Maliaño 1991. Ver también: *Círculos en el agua. La vida alterada por la palabra*. Sal Terrae, Maliaño 1997, pp. 193-214.

³ *Vida Nueva*, [Cardenal Ouellet](#).

diferenciada en sí misma les unió el “clamor a Yahvé” frente a la injusticia padecida. Brotó de una actitud de lamento, de queja y de vindicación que podemos rastrear en los primeros capítulos del libro del *Éxodo*. Si esto es así, entonces parece que la vindicación, el lamento y el reclamo ante Dios fueron acciones necesarias que permitieron poner nombre a sus padecimientos y entenderlos como una situación de sometimiento al poder. Las causas y los motivos que debieron soportar las gentes del *Éxodo* tuvieron que ser muchas, pero en su mayoría, según los textos, las achacaron a su identidad extranjera y a sus creencias en otra divinidad. Ellos y ellas fueron, entre los egipcios, los *otros* distintos.

Esta distinción fue un detonante doloroso que les hizo comprenderse como pueblo en marcha que ansiaba la liberación y aprendieron muy pronto que esta venía sólo de Dios. Pero, estos procesos no suceden de un día para otro y percibir las razones, ponerles palabras, narrar las experiencias e intentar dar respuesta de modo colectivo a la injusticia, requiere siempre tiempo.

Así que podemos tomar el símbolo bíblico de la opresión del pueblo de Israel, en Egipto y ver que, aunque con muchos matices y distancias, algo semejante puede estar sucediéndonos. En el libro del *Éxodo* en su capítulo 2 se describe que solo después de que Moisés hubiera sido rescatado de las aguas por la hija del Faraón, tras haber crecido en el entorno del poder real, de mezclarse de nuevo con las gentes israelitas, después de haber asesinado a un egipcio y de salir huyendo hasta encontrar refugio en Madián, solo entonces el texto nos dice que:

[23] Pasaron muchos años, murió el rey de Egipto, y los israelitas se quejaban de la esclavitud y clamaron. Los gritos de auxilio de los esclavos llegaron a Dios. [24] Dios escuchó sus quejas y se acordó del pacto hecho con Abrahán, Isaac y Jacob; [25] y viendo a los israelitas, Dios se interesó por ellos. (Éxodo 2, 23-25)

Parece como si el autor describiera el «proceso» necesario por el que aquellas gentes hubieron de transitar hasta que consiguieron caer en la cuenta de lo que padecían y vivían. En ningún momento de la historia de la humanidad ha sido fácil adquirir conciencia ni de la situación personal ni de la comunitaria y tampoco la que atravesamos ahora lo es. Pero si nos detenemos un momento, podemos descubrir que en nuestra historia eclesial los cambios suceden solo se si acompañan de reflexiones hondas que nos permitan entender las causas e iluminar los cambios. Aunque eso sí, precisan siempre de ir acompañados de tiempos largos.

De forma paralela podemos ver algunos de estos cambios también fuera de la iglesia. Los vimos en los movimientos emancipatorios por los derechos civiles, en el propio movimiento feminista y, últimamente, los percibimos en las propuestas eclesiales de una ecología integral⁴. Sabemos bien que los cambios de paradigma, cambiar nuestros marcos de comprensión, incorporar nuevos lenguajes y conseguir miradas distintas sobre la realidad precisan procesos de maduración. Más aún si tratamos ver en ellos la presencia de Dios y atisbar la respuesta personal que requiere de cada una de nosotras. A menudo, el “Pasaron muchos años” que nombra el *Éxodo* requiere, utilizando otras metáforas bíblicas: atravesar el desierto, rodear una y otra vez las murallas de Jericó, hablar proféticamente al corazón, subir a Jerusalén, aunque suponga enfrentarse a la violencia o volver a Galilea desde nuestros Emaús particulares.

Por ello, les propongo que nos fijemos en estos pocos versículos del libro del *Éxodo*⁵. En ellos destaca una condición que, más tarde, se repetirá a lo largo de la historia de la salvación en la que Dios parece requerir siempre de la toma de conciencia de los seres humanos. Es decir, echa mano de nuestra libertad, capacidades y posibilidades –personales, históricas y culturales– para irrumpir en nuestra historia. Así pasó cuando Eva decidió comer del fruto, con las parteras (Fua y Pua) que salvaron la vida de los inocentes, se repitió de nuevo con el «sí» de María en Nazaret y volvió a suceder también durante la búsqueda de María Magdalena la mañana de la Pascua, por nombrar solo algunas. El dios trinitario, como vemos, reclama siempre conciencia y *atención*⁶ existencial para que acontezca lo inesperado, la salida, el cambio y la revolución.

Si volvemos a los versículos del *Éxodo* notamos una cadencia *in crescendo* que va desde la «queja», pasa por el «grito» y se convierte en «clamor». Esta cadencia la interpreto como un movimiento de concienciación, de reconocimiento de la situación y de resistencia frente a lo que consideraron como sumisión, esclavitud o una injusticia tan grave que no había otra

⁴ Francisco, *Laudato Si'*, encíclica, 24 de mayo 2015, [Laudato Si'](#).

⁵ El libro del *Éxodo* es un texto fundacional que muestra la relevancia de la figura de Moisés como mediador de la futura Alianza. Por ello, merece la pena volver con frecuencia tanto a su lectura como a su interpretación hermenéutica.

⁶ Recurro al término «atención» según lo describió Simone Weil. Y es que la atención para esta filósofa francesa suponía un método de orientación vital ligado al deseo o al consentimiento y no a la voluntad, como a menudo hemos supuesto. Ella afirma que la forma de sentir es la forma de crear una sensibilidad moral. Simone Weil, “La atención y la voluntad”, pp. 153-158, en *La gravedad y la gracia*. Trotta, Madrid 2011.

posibilidad más que clamar por ella al cielo. La pregunta que me surge es ¿en cuál de los tres momentos les parece que estamos las mujeres católicas?; ¿dónde nos situamos dentro de esta cadencia *in crescendo*: en la queja, en el grito o en el clamor?

Si me he fijado en estos versículos es porque creo que pueden ayudarnos a entender, con algo más de claridad, qué está sucediéndonos a las mujeres dentro de la iglesia. Lo que les propongo es que hagamos un ejercicio de conceptualización conjunto, ya que, como señala la filósofa Celia Amorós: «Conceptualizar es politizar»⁷. Este ejercicio solo es posible a través de la reflexión pausada y de la toma de conciencia. Me parece apropiado recurrir a este método crítico porque se sitúa entre los dos campos de estudio desde los que quiero hablarles. Uno es el de la teología fundamental y, el otro, el de la filosofía política. Ambos pueden ayudarnos a gestar qué es lo que nos está sucediendo.

3. Nuestro *éxodo* eclesial inexcusable: de la queja, al clamor y al grito.

El momento eclesial, cultural y político que atravesamos es tan complejo que, a veces, no somos capaces de ir más allá de la simple elaboración de una opinión rápida y que, con frecuencia, transmitimos a través de *WhatsApp* o por las redes. Me parece que, para analizar nuestra situación eclesial, ver dónde estamos y caminar hacia dónde nos gustaría morar tenemos que alejarnos de las opiniones fáciles y rápidas y de los discursos solo emocionales. Entonces, no tenemos más remedio que arremangarnos y entablar, lo que llamo, *procesos deliberativos transversales*. Esto supone que debemos iniciar procesos reflexivos críticos, pero también nos exige tener, cada vez más, una conciencia de tránsito, de cambio, de desplazamiento. Quizá sea este un tiempo de *kairos*, es decir, de momento propicio para sentir que las mujeres atravesamos nuestra «hora undécima»⁸ y que debe ser un *éxodo* inexcusable.

⁷ Celia Amorós, *La gran diferencia y sus pequeñas consecuencias... para las luchas de las mujeres*. Cátedra, Madrid 2005.

⁸ Dolores Aleixandre señala que: “esa «hora undécima» evoca significados múltiples: uno de ellos es el de tener detrás un largo período de tiempo y, por lo tanto, una carga de experiencias, de vida vivida de ecos y de huellas, quizá también de cicatrices. De cómo sepamos hoy las mujeres aprovechar esa memoria histórica, de nuestra capacidad de convertirla en sabiduría y en energía transformadora, va a depender en gran parte la cualidad de la vida humana en ese futuro que se avecina”. Añade también que: “esta *hora undécima* está ante nosotros como una ocasión de gracia, como una llamada a romper moldes, tapias y muros, como una invitación apremiante: «Venid también vosotras a trabajar a la viña»”. Dolores Aleixandre, *Mujeres en la hora undécima*, p. 3.

Cuando pensamos qué está sucediendo con las mujeres en la iglesia es inevitable preguntarnos cómo hemos llegado a esta situación: de ausencia, de invisibilidad, de falta de reconocimiento ante las tareas realizadas, de opresión al ser consideradas como sujetos menores e incluso de padecer violencia dentro de los espacios eclesiales. Así que, si esperamos y buscamos un cambio radical en nuestras instituciones las respuestas no pueden venir solo de la mera opinión, por muy respetable que sea quien la pronuncie. Necesitamos fundamentar cognitivamente, teológicamente y espiritualmente qué está pasando, qué estamos viviendo. Para ello, les propongo que para transitar nuestro éxodo recorramos tres etapas.

3.1. *Procesos deliberativos y okupación de espacios eclesiales*

Una de las primeras propuestas que quiero lanzarles es que nos preguntemos seriamente qué cambios estamos esperando. Se trata de una pregunta de mucha profundidad que debe atravesarnos, porque si brota desde nuestro interior y nos arde no nos quedará más remedio que *alumbrarla*. Las transformaciones hondas, lo saben bien, no son como el maná que cayó del cielo, o la nube que acompañaba con su sombra al pueblo caminante. Más bien tienen su origen al interrogarnos por nuestros deseos y por el nivel de convencimiento. Si anhelamos cambios debemos nosotras mismas iniciarlos, gestarlos y liderarlos. Para ponernos en camino creo que un modo adecuado puede ser iniciar *procesos deliberativos* pues una de sus virtudes es que nos permiten valorar críticamente lo que nos sucede y vislumbrar qué transformaciones son las deseadas. Y no se me ocurre otro modo de hacerlo que el de crear dentro de nuestras iglesias, comunidades o grupos religiosos *procesos deliberativos transversales*. Es decir, tenemos que sentarnos a hablar y a deliberar juntas sobre el tema «mujeres».

Estos lugares no existen y debemos crearlos. Así que hay que inaugurar procesos de *okupación eclesial*, es decir, posibilitar espacios allá donde estemos para generar y provocar el debate participativo y ético acerca de los asuntos que son nucleares para nuestras vidas, para el bien común de la Iglesia y la mejora del mundo. Necesitamos estos entornos para que en ellos se dé el diálogo sereno, tranquilo y sosegado entre todas las partes implicadas. Me consta que estos espacios ya se dan en distintos lugares, pero debemos crear redes y visibilizarlos. No podemos olvidar que somos una religión de diálogo. Este se da continuamente entre nosotras y Dios; entre nosotras, como comunidad de memoria creyente, y también, en clave ecológica integral, con la naturaleza y el cosmos. El diálogo, el espacio apropiado, el tiempo necesario y las claves feministas para que nos iluminen las búsquedas son elementos

imprescindibles y no podemos suspender por más tiempo su creación. ¡Ojalá estos procesos deliberativos puedan ser signo visible de la presencia de la *Ruab* en nuestras comunidades!

3.2. *Teologizar los procesos deliberativos*

Estos procesos participativos nos permitirán caer en la cuenta de dónde estamos nosotras y el resto de las mujeres. Sin embargo, aunque son necesarios para que nos nazca una conciencia colectiva similar a lo que les sucedió a aquellos hombres y mujeres en Egipto, precisamos también de otros procesos donde volcar nuestras experiencias creyentes, recrear imaginarios simbólicos y avivar la imaginación profética. Me refiero a que debemos *teologizar* las situaciones vividas y nuestros propios deseos. Es decir, hemos de pensar teológicamente las experiencias, las vivencias de las mujeres y el eco de sus voces dentro de la iglesia. En España, al menos, hasta que apareció la teología feminista, hace ya más de cuarenta años, las mujeres hemos sido objeto de la teología, pero nunca sujeto creador de pensamiento⁹. El resultado, como bien saben, es que la teología hecha por varones no ha incluido nuestras experiencias, imaginarios, mundos simbólicos ni tampoco nuestros lenguajes ni preocupaciones o reivindicaciones.

La producción teológica es esencial para la vida de la iglesia. Siempre lo ha sido, pero quizá en estos momentos adquiera una gravedad mayor. Así que, creo que nos debería preocupar mucho más quiénes son los y las teólogas que producen el pensamiento eclesial actual. Al mismo tiempo, también debemos revisar qué pensamiento teológico consumimos, de qué nos estamos alimentando. De qué hablan, qué publican, cuáles son los temas teológicos de debate actual y cuestionar por qué estos y no otros. Les confieso que llevo un tiempo preguntándome por qué no existe una teología extensa sobre la trata, sobre las mujeres prostituidas, los proxenetas o los puteros, sobre el consumo pornográfico y sus consecuencias o bien, sencillamente, liturgias sacramentales que celebren nuestros ciclos vitales como mujeres. Para ello, necesitamos una teología de la misericordia capaz de transformar nuestros marcos creyentes, así como las estructuras eclesiales.

Creo que nuestra relación con la(s) teología(s), también con las teologías feministas es demasiado distante. Quizá los mayores obstáculos residan en los lenguajes que empleamos

⁹ Silvia Martínez Cano, “Cuarenta años de Teología Feminista en España”, *Carthaginensia: Revista de estudios e investigación*, 34 (66) 2018, pp. 449-474. Ver también: Carmen Bernabé Ubieta, “Cuarenta años de estudio de la Biblia en España”, *ibid.*, pp. 283-305.

las propias teólogas, en la escasa difusión que alcanzamos, más allá de las pocas publicaciones que conseguimos, así como también en la ausencia de teólogas y de cátedras ocupadas en las Facultades de Teología. Tendrían que interesarnos mucho más la(s) teología(s) que se producen y las que consumimos porque ambas tienen una gran relevancia e influyen directamente en nuestras vidas, conciencias y cuerpos creyentes. Pensemos, por ejemplo, en si hubieran sido posible cualquiera de los cambios a los que estamos asistiendo con el papa Francisco sin la aparición previa de las teologías de la liberación de los años 70. Es más, ¿creen que hubiera sido probable la elección de un papa no europeo sin la existencia previa de estas teologías contextuales? Por ello, creo que es tiempo de lanzar nuestras propias peticiones a las Facultades de teología para que en ellas se elaboren y preparen teologías que vayan a favor de la otra mitad de la humanidad, es decir, de las mujeres.

3.3. *Rezar con creatividad y tenacidad*

Dejo para este apartado el momento que considero más central y revolucionario. Y es que, al mismo tiempo que debemos elaborar teologías que surjan de nuestros *procesos deliberativos* tendríamos que trasladarlos hacia lo más fundamental y central. El centro debe ser la oración. Por ello debemos ser capaces de rezar con hondura, con tenacidad y con creatividad tanto los procesos, como los deseos y las teologías. Es decir, me parece que hemos de llevar a la oración, a las celebraciones y a las liturgias nuestras incertidumbres y certezas “como mujeres” nombrando los miedos, el cansancio acumulado, los agobios y las violencias. Me refiero tanto las padecidas como las infringidas y así buscar en el ejercicio orante, perseguir la *luẖ* (camino, maná, éxodo, consuelo) de modo comunitario y personal, para que la Divina Sofía oriente nuestros recorridos vitales¹⁰.

Quiero poner la atención también en que la oración siempre tiene una dimensión política que, a menudo, queda ocultada o oscurecida. Ambas dimensiones –la personal y la política– están íntimamente entrelazadas y son fuente de alimentación de nuestras espiritualidades. Ellas son guías que orientan nuestro sentido existencial, descubren y nombran deseos. Si estamos convencidas de que Dios escucha siempre nuestras *quejas, gritos* y *clamores* deberíamos entonces introducir en nuestra oración, personal y comunitaria y en nuestras liturgias de modo más explícito las situaciones y las experiencias de las mujeres. Esto será revolucionario.

¹⁰ Elisabeth Schüssler Fiorenza, *Cristología feminista crítica. Jesús, Hijo de Miriam, Profeta de la Sabiduría*. Trotta, Madrid 2000.

4. “He mirado a mi pueblo”: precariedad eclesial y violencia padecida

Mencioné al comienzo que los movimientos feministas que ahora conceptualizamos como *MeToo* y *8M* han desatado una oleada de concienciación que ha cambiado el modo de percibir la situación cultural de las mujeres. Pero, tras este «despertar» queda aún mucho por hacer. Podríamos empezar por preguntarnos cómo hemos asumido estos cambios, si han penetrado o no en nuestros ámbitos eclesiales y si nos sirven para provocar una concienciación eclesial distinta a la que tenemos. Para averiguarlo debemos tanto *conceptualizar*, es decir, nombrar y analizar críticamente, como también descubrir las causas teológicas y eclesiales que las sostienen. Imaginemos la figura de un iceberg.

Sabemos bien que el feminismo con su capacidad teórica y movilizadora nos ha dotado de herramientas de análisis, de nuevos lenguajes y de metodologías críticas sin las cuales no podríamos estar donde estamos. A la historia del feminismo le debemos, por tanto, un enorme legado que, sin duda, ha mejorado y transformado nuestras vidas de modo definitivo. Sin embargo, queda mucho tramo por recorrer en este «camino de salida y éxodo» que trato de dibujar en estas páginas hasta que llegue a ser un «clamor *globalizado*», a modo de lo que sucedía en el *Éxodo*. Francisco ha hablado de una “Iglesia en salida” y «salir», siguiendo este texto, solo es posible si convierte en grito, se gana en conciencia y la súplica se eleva a Dios.

Estamos en otros tiempos distintos de aquellos y nuestros *caminos de éxodo* son también diferentes, pero el movimiento teológico de fondo es el mismo. Por ello, no creo que vengan los cambios si no nos movilizamos existencial y espiritualmente. Mi propuesta no es que chillemos más que nadie ni que queramos imponer nuestras ideas por encima de las del resto. Pero entiendo que nuestras quejas, gritos y clamores si surgen, si han encontrado ahora su momento propicio es porque Dios mismo es quien moviliza nuestras vidas y las urge. Hemos entendido, de un modo colectivo –eclesial y político–, que clamar a Dios por la injusticia padecida o vindicar nuestros derechos dentro de las iglesias, congregaciones o grupos de fe, misiones y compromisos sociales, es para nosotras nuestro modo de «ser creyentes». Es así de sencillo y de complejo. Ser creyentes ha sido desde siempre para muchas señalar la injusticia y presentarla ante Dios. Se trata entonces de dejar que su *presencia amorosa* nos anime a sentirnos en éxodo y nos invite a una *revolución misericordiosa*. Por ello, no hablamos solo de injusticia, de falta de tacto, de que los varones se ocupan de *otras cosas*, sino de ética y de la posibilidad de salvación para las vidas de las mujeres. Pensar teológica,

filosófica o eclesialmente acerca de las mujeres no puede ser un «tema» que quede atrapado en el ámbito de la sensibilidad, sino que ha de pasar a pensarse y a debatirse en el terreno de la ética, la equidad y la justicia.

5. La mañana de la Pascua: acabó el silencio

El momento que atravesamos es tan grave que no podemos postergarlo. Es signo de nuestro amor profético y misericordioso hacia la iglesia. Por eso seguir callando o mirar hacia otro lado es innegociable. De un modo similar lo han señalado la UISG¹¹, en su Declaración previa al encuentro sobre Protección de menores, en Roma:

[...]el abuso sexual a niños (infancia) y en el abuso de poder y conciencia de parte de quienes ostentan autoridad en la Iglesia, especialmente obispos, sacerdotes y religiosos/as. Es una historia que se ha ido prolongando durante décadas; una historia de inmenso dolor para quienes sufrieron este abuso. Inclínamos nuestras cabezas con vergüenza al darnos cuenta de que este abuso ha tenido lugar en nuestras Congregaciones y Órdenes, y en nuestra Iglesia. Hemos aprendido que quienes abusan ocultan deliberadamente sus acciones y son manipuladores. Por definición, es difícil descubrir estos abusos. Nuestra vergüenza aumenta al constatar que no nos hemos dado cuenta de lo que estaba ocurriendo. Al mirar las Provincias y Regiones de nuestras Órdenes y Congregaciones en el mundo entero, nos damos cuenta de que la respuesta de las personas en autoridad no ha sido la que debía haber sido. No han sabido ver las señales de alarma o no se las tomaron en serio.

Nos comprometernos a intensificar nuestros esfuerzos para trabajar con él, para que la Iglesia pueda avanzar de manera coherente, creíble y unida; de manera verdaderamente sanadora, sinceramente renovada, con nuevos ojos para ver y nuevos oídos para oír.

La moral teológica nos recuerda que la omisión, es también pecado¹². Por lo tanto, ser iglesia samaritana, “en salida”, es atender, escuchar y denunciar la precariedad eclesial en la que estamos inmersas. No hacerlo sería “mirar hacia otro lado” y eso es elegir la muerte. En estos momentos estos son algunos de los trazos de esa precariedad que se mezcla con el clericalismo y el modo de ejercer el poder. Sus consecuencias son:

- . el silenciamiento de las mujeres sostenido a lo largo de la historia;
- . el paternalismo continuado;
- . una asimetría perpetuada en las relaciones de género;
- . una jerarquía indiferente e indolente hacia las cuestiones que preocupan a las mujeres: pobreza, reproducción, acceso a los derechos, trata o inmigración;
- . escasa e insuficiente presencia femenina en los Sínodos;

¹¹ Unión de Superiores Generales USG y Superiores Generales (UISG). [Declaración](#).

¹² Deuteronomio 30, 15: “Mira: hoy te pongo delante la vida y el bien, la muerte y el mal”.

- . la prohibición de nuestro acceso al voto;
- . la exclusión reiterada de los órganos de gobierno;
- . alejamiento de los espacios sagrados;
- . violencia hacia nuestros cuerpos;
- . manipulación de las conciencias.

Cada una de estas acciones y costumbres arraigadas dibujan, a modo de mapa, nuestro panorama eclesial. Pero también hemos de reconocer que estas prácticas eclesiales, repetidas de modo continuado durante siglos, han sido excusadas y justificadas muchas veces por buena parte también de las propias mujeres. Hemos confundido servicio con servilismo y amor con sumisión y silencio, así que, no podemos escapar de la responsabilidad compartida por haber naturalizado, eludido y banalizado estas situaciones patriarcales.

El mapa que quiero trazar ofrece una perspectiva, pero esto es solo la parte más visible si recurrimos a la imagen del iceberg que mencionaba más arriba. La punta, el vértice lo ocuparían los abusos y las violaciones padecidas por mujeres y hermanas religiosas, especialmente en África¹³. Por ello, es urgente conceptualizar y deliberar comunitariamente las situaciones. Pero, aun siendo necesario el debate y la deliberación ética debemos ir más allá y teologizar estas situaciones. Es decir, no queremos solo nombrar, señalar o poner el foco en las injusticias, se trata de ver qué relación guardan con el Dios trinitario. Es decir, el objetivo último no es comprender, sino dar paso a la Salvación.

Debemos discernir por tanto si nuestro modo de ser iglesia y si aquellas instituciones que sostienen las congregaciones religiosas, como son los colegios, las universidades, los distintos centros de atención, la propia Cáritas o nuestras comunidades de fe dificultan la dinámica del Reino inaugurada por Jesús, el Cristo. No vaya a ser que estemos siendo freno para la actuación de la *Ruab* e invisibilizando su Sabiduría.

Quiero pensar que estamos inaugurando un tiempo eclesial profundamente doloroso, pero también muy esperanzado. Por eso, si hasta ahora les he hablado de la metáfora de un éxodo existencial y espiritual, ahora les invito a que pongamos la atención en “la mañana de la Pascua”. Aquel día en que, al clarear, las mujeres se dirigieron a la tumba. Imaginemos por

¹³ Jose Carlos Rodríguez Soto, “Abusos a religiosas en África, una denuncia silenciada”. *Vida Nueva*, nº 2.945, 12/06/2015. [Noticia](#).

un momento: ¿qué llevaban entre sus manos?, ¿qué les preocupaba?, ¿a quién buscaban y por qué?, ¿cuál debía ser su deseo? o ¿por qué solo van mujeres?

La razón inicial de su camino esa mañana fue provocada por la violencia, el asesinato y la injusticia que en Jerusalén esos días había arrebatado una vida más. Las mujeres, por su parte, responden caminando. Salen en cuanto les es posible hacia una tumba que tras una piedra guarda un cuerpo muerto. Se preguntan quién nos correrá la piedra. Siguiendo esta imagen me gustaría preguntarles por qué hubo aquella condena a muerte practicada por los responsables religiosos de la época y secundada por el poder civil. Los textos de “la mañana de la Pascua”¹⁴ muestran que el camino hacia a la tumba es un espacio construido por la violencia y el sin sentido, pero recorrido por mujeres esperanzadas que tratan de arrebatarse a la muerte un último momento.

Les hablaba de un iceberg del que vemos solo una parte. En él la zona sumergida y oculta bajo el agua sería la estructura y lo que lo sostiene. Si trasladamos esta imagen a los relatos de la pasión y muerte, en ellos encontramos también una estructura que da soporte a la violencia. Y es que esta no surge de un día para otro, sino que se construye, se alimenta y es soportada por un sistema que le da cuerpo. Como señala la filósofa alemana Carolin Emcke, en su libro *Contra el odio*, la violencia y el odio, necesitan de un marco ideológico que lo avive y lo nutra constantemente¹⁵. Si esto es así, deberíamos pensar cómo hemos construido estos marcos ideológicos, cómo se sostienen en el interior de la iglesia y, desde luego, cuáles son los efectos devastadores que producen. Para acercarme un poco a lo que mantiene este paradigma ideológico me referiré a dos ejes principales que alimentan en estos momentos nuestro sistema eclesial:

5.1. Antropología teológica construida desde la inequidad: el *kyriarado*

El primer eje es el de la antropología teológica y que de modo mayoritario presenta lo genéricamente humano como varón, como algo repetidamente masculino. De ahí que muchas de las interpretaciones, por ejemplo, de los relatos considerados nucleares o fundacionales se construyen, a menudo, desde esta perspectiva unívoca y sesgada. Este tipo

¹⁴ *Lucas* 24, 1-2: “El primer día de la semana, de madrugada, fueron al sepulcro llevando los perfumes preparados. Encontraron corrida la piedra del sepulcro”, y *Juan* 20, 1: “El primer día de la semana, muy temprano, todavía a oscuras, va María Magdalena al sepulcro y observa que la piedra está retirada del sepulcro”.

¹⁵ Carolin Emcke, *Contra el odio*. Taurus, Madrid 2017.

de lecturas tienen efectos antropológicos que se dejan sentir también con claridad en las liturgias y en las representaciones plásticas y artísticas que nos rodean. Forman así el “principio y fundamento” de muchas de las asimetrías eclesiales padecidas, especialmente, por las mujeres. Por ello, aplicar metodologías de análisis, hermenéuticas críticas feministas y perspectivas éticas es para las muchas teólogas¹⁶ una labor urgente de reconocimiento, de reciprocidad, así como de hacer real la posibilidad política de *aparición teológica* en una iglesia kyriarcal. Estas claves evidencian, desvirtúan y se apartan de otras teologías en las que a las mujeres se las continúa representando como *complemento*, siempre peligroso y desestabilizador¹⁷.

5.2. Lenguaje e invisibilidad que genera ausencia de reconocimiento

Como sabemos el *reconocimiento* entre los distintos sexos y géneros es una tarea pendiente y urgente. Como dice la filósofa Amelia Valcárcel, aún queda por reconocer que las mujeres son seres humanos a todos los efectos y que tienen los mismos derechos y las mismas habilidades. Y suscribe que: no cabe discriminarlas de ningún bien ni de ningún derecho, por el hecho de ser mujeres. Sin embargo, en la iglesia la presencia de las mujeres es mayoritaria en casi todos los espacios eclesiales, aunque continuamos sin tener un *reconocimiento* total. *Estamos*, pero seguimos siendo las *extranjeras/apátridas* a causa de nuestro sexo, siguiendo la expresión de Hannah Arendt¹⁸.

Siempre hay mujeres en los templos, en las celebraciones, procesiones y romerías; en los lugares donde se imparte catequesis; también en las Cáritas parroquiales. Pero, sin embargo, o no están o es difícil verlas, en los puestos de decisión; en los arzobispados, no como trabajadoras, sino en los órganos de decisión; Tampoco están en las Facultades de teología, donde apenas hay presencia. En el Estado español no son nombradas catedráticas ni tampoco ninguna ha sido nombrada *aún* rectora. Eso significa que no tenemos acceso a las decisiones de gobierno, ni a las decisiones económicas, tampoco a dirimir cuestiones teológicas o dogmáticas. Es muy escaso el dinero que recibimos para elaborar tesis doctorales; para hacer proyectos de investigación y es casi imposible vivir dignamente de la teología si eres una mujer laica. En el ámbito del Derecho canónico, la situación no parece mejorar ya que se nombra al sexo femenino solo cuando hay que marcar los lugares o los

¹⁶ Algunas de estas teólogas son Elisabeth Schüssler Fiorenza, Rosemary Radford Ruether, Lisa Isherwood, Marcella Althus-Reid, Ivone Gebara, Mercedes Navarro, Isabel Gómez Acebo o Carmen Bernabé.

¹⁷ Natalia Imperatori-Lee, “No solo un complemento”, *Iglesia Viva* 268 (2016), pp. 117-120. [Artículo](#).

¹⁸ Hannah Arendt, *Los Orígenes del Totalitarismo*. Taurus, Madrid 1998.

sacramentos a los que no podemos acceder. Por ello, debemos preguntarnos: ¿quiénes son los que están en estos lugares, espacios sacramentales y áreas de conocimiento?, ¿por qué están ellos y no otras?; ¿cómo es el acceso a esos puestos, por quiénes son designados? Entonces, cómo vamos a incidir, a provocar cambios y a transformar miradas si las mujeres, sencillamente, no estamos.

6. Cambios eclesiales: del “parirás con dolor” al *8M*. Nuestro límite es el cielo

La iglesia, como vemos, en estos momentos no es un espacio seguro para las mujeres. La punta de iceberg lo ocupan la violencia y los abusos que, me temo, seguirán mostrando aún muchas otras caras. Parece que en este asunto aún no lo hemos visto todo. Así que, creo que debemos revisar críticamente esa *otra parte* que sostiene el iceberg y que permanece escondida. Es decir, repensar nuestros marcos de comprensión eclesiales que nos hacen entender este sistema de gobierno, de sacramentalidad y de liturgias que deben ser signo del Reino. Ahora vemos que si las estructuras, los marcos de comprensión eclesiales y las mentalidades de los creyentes reflejan aprecio por la igualdad, la equidad, el reconocimiento y la redistribución de responsabilidades será difícil que podamos ser signo del Reino y de la Salvación.

Por ello, necesitamos una *revolución* que nos ayude a discernir qué estructuras de pensamiento, qué modos de gobierno, qué lenguajes, qué sistemas eclesiales jerárquicos estamos esencializando y naturalizando. Para lograr la *revolución* a la que nos invita la alegría del evangelio no nos basta con la voluntad, la indignación, la queja o el lamento, si no que como decía Teresa “solo Dios basta”. Así que hay que hacer una revolución de la misericordia, una revolución amorosa. Daré unas pinceladas últimas.

La idea de la «revolución amorosa» es una idea que está lanzando Francisco. Sin embargo, a pesar de la novedad y creatividad que presenta debemos tener una cierta precaución ya que puede tornarse de nuevo en una *trampa* para nosotras. Uno de los peligros es que hagamos solo un cambio desde lo emocional, lo sentimental ya que de nosotras se espera siempre que amemos más, de un modo más abnegado, paciente y callado. Esto supondría prolongar durante más tiempo el estilo mariológico heteropatriarcal ofrecido desde antropologías teológicas *kyriarcales*. Se nos dice, de modo reiterado, que hay que ir poco a poco, que la iglesia necesita su tiempo, pero tenemos también el ejemplo revolucionario

del Concilio ecuménico Vaticano II y de las veintitrés auditoras que asistieron¹⁹. Ellas lograron cambiar el paisaje eclesial dibujado previamente por los padres conciliares.

La revolución ha de ser desde la *miser cordia*, es decir, desde una mirada política del amor ético de cuidados. Les decía al principio que necesitamos *procesos deliberativos transversales*. Y para pensar, debatir y discutir críticamente aquellos cambios que consideremos necesarios en nuestra iglesia. Las claves que, a modo de herramientas necesitamos, son: el cuidado, el sostenimiento y el género. Estas son, entre otras, las que señalan con claridad que la relación, estrecha y amorosa, entre el Dios trinitario y la humanidad van siempre de la mano de la responsabilidad, la denuncia, el alivio y el cuidado de toda vida.

Otra pincelada es la de teologizar estos procesos. Se me ocurre que un modo a pertinente, por la carga revolucionaria que posee, es la de elaborar de nuevo una *teología kenótica*. Es decir, una teología a partir de la mirada *abajada* de Jesús y que incluya su corporalidad. Esta teología ha de ser también de una teología política que nos ayude a entender el mundo en que vivimos a partir de la presencia de las víctimas, de las olvidadas, de las abusadas, de las prostitutas o de las invisibilizada. Este proyecto de una teología kenótica política es, como decía la teóloga Marcella Althus-Reid, un intento por *indecentar* nuestras comprensiones creyentes²⁰.

Y, por último, rezad. Incorporar estos lenguajes y hacer de nuestra oración algo menos individualista, quizá menos silenciosa y algo más política y escandalosa. Abandonar el servilismo y buscar transformar la iglesia para que deje de ser un *espacio-tumba* para las mujeres y sea un lugar pascual donde vivir el gozo. Nuestro límite solo puede ser el cielo.

Les dejo como coda estas palabras de la religiosa mercedaria de Berriz, Filo Hirota:

[...]Creo sinceramente que el despertar de la consciencia de la mujer en el mundo y en la Iglesia es uno de los signos de los tiempos más importantes y relevantes. Y nos toca a nosotras, mujeres en la Iglesia, seguir con nuestro firme compromiso de transformar esta Iglesia para que sea el Pueblo de Dios seguidor y discípulo genuino de Jesús. Igualmente, importante es la cuestión de cómo vivir esta convicción. La no-violencia de Jesús nos indica el camino a seguir. Nuestras palabras y acciones tienen que estar enraizadas en esa ternura compasiva de Jesús que es profundamente liberadora y esperanzadora. Si las mujeres no cuestionamos ni actuamos, nada va a cambiar. Lo que me anima en

¹⁹ Adriana Valerio, *Madri del Concilio. Ventitré donne al Vaticano II*. Carocci, Roma 2012. Ver también: “Las veintitrés mujeres que participaron en el concilio Vaticano II”, Revista *Ecclesia*, 3 agosto 2013. [Noticia](#).

²⁰ Marcella Althus-Reid, *Una teología indecente. Perversiones teológicas en sexo, género y política*. Bellaterra, Barcelona 2017; Marcella Althus-Reid, *The Queer God*. Routledge, Londres 2003.

este caminar es la presencia de compañeras laicas y consagradas que viven su seguimiento de Jesús con una sonrisa que contagia ternura y audacia, y con un aire contemplativo y refrescante. Son mujeres profundamente humanas y santas.²¹

Sin duda, necesitamos una revolución amorosa de las estructuras eclesiales, de nuestros cuerpos católicos y de nuestras mentes patriarcales... pero esta revolución, como el Reino, ya está entre vosotras, ¡Hágase!

València 2019
Montserrat Escribano-Cárcel

²¹ Filo Hirota, “Pregunta al papa en la Asamblea Plenaria de la UISG: la chispa que encendió la mecha”, Mercedarias Misioneras de Berriz. *Iglesia Viva* 274 (2018), pp. 115-119.